

EDUARDO ZAMACOIS Y SU LITERATURA MEMORIALÍSTICA (UNA IMPAGABLE APORTACIÓN A LA NO ESCRITA HISTORIA DE LA BOHEMIA MADRILEÑA)

JOSÉ ESTEBAN.
Editor

RESUMEN:

Valoración crítica de los escritos autobiográficos de Eduardo Zamacois, creador y editor de *El Cuento Semanal*. Y en especial, de *Tipos de café (Siluetas contemporáneas)*, 1936, uno de los libros menos divulgados y conocidos de E. Zamacois. Libro éste que, de manera preferente, sirve de coartada al autor del artículo para ofrecer una interesante revisión histórico-literaria de alguno de los personajes más característicos de la bohemia madrileña (Pedro Barrantes, Alfonso Vidal y Planas o el editor de *Bohemios* Gregorio Pueyo); así como la del ambiente de los más singulares cafés de la época (Imperial, Café de Platerías, Café del Vapor, Colonial) y de los escritores y artistas que a ellos asistían (F. Villaespesa, E. Carrere, R. Gómez de la Serna, Julio Antonio, etc.).

PALABRAS CLAVE:

Autobiografía. Historia literaria y sociología. Bohemia. Cafés de la época. Anecdótico.

ABSTRACT:

This paper offers a critical appraisal on some autobiographical writings of Eduardo Zamacois, creator and editor of *El Cuento Semanal*, and particularly of *Tipos de café (Siluetas contemporáneas)*, 1936. This work by Zamacois is one of the least spread and known, which shows an interesting historical-literary revision of some of the most popular characters of the Madrilenian Bohemia (Pedro Barrantes, Alfonso Vidal y Planas, Gregorio Pueyo, editor of *Bohemios*), as well as of the atmosphere of the most remarkable «cafés» of the time (Imperial, Café de Platerías, Café del Vapor, Colonial) and the writers and artists who gathered there (F. Villaespesa, E. Carrere, R. Gómez de la Serna, Julio Antonio, etc.).

KEYWORDS:

Autobiography. Literary History. Sociology. Bohemia. «Cafés». Collection of Anecdotes.

Eduardo Zamacois (1873-1972) dedica sus impagables memorias *Un hombre que se va* (Buenos Aires, 1969), “a la memoria de aquellos Camaradas de juventud cuyas manos pródigas, que estreché tantas veces, hoy reposan bajo tierra, desdeñosamente abiertas, en ese gesto con que la Muerte parece decirle a la Vida que todo debe darse”.

En esta dedicatoria encontramos la razón de su obra memorialística. Dejar constancia de su vida, pero no menos de la vida de sus coetáneos. Y en este credo reside su importancia para nosotros. No solo desfila ante nuestros ojos “un hombre que se va”, sino muchos hombres que se fueron antes y constituyen un apasionante fresco de de toda una, no menos fascinante, época literaria y vital.

No vamos a hablar aquí del novelista Zamacois, ni del gran editor, que inventó nuevas fórmulas para renovar el papel del editor, como fue la creación de *El Cuento Semanal*. Ni de su incansable actividad de periodista. Nuestra incursión va a limitarse a sus escritos autobiográficos, repartidos entre la citada *Un hombre que se va*, *Años de miseria y de risa* (hacia 1911) y sobre todo a una de sus más desconocidas obras *Tipos de café (Siluetas contemporáneas)*, de 1936.

A estos habría que añadir *Confesiones de un niño decente*, *La alegría de andar* y quizá *Europa se va*, que intercalan no pocos hechos y anécdotas ligados entrañablemente a su existencia.

Ya su prologuista y estudioso, Federico Carlos Sáinz de Robles supo ver que esas confesiones autobiográfica alcanzaban “la categoría de documentos de época”. De este modo, no sólo son la “novela de la vida de un escritor”, sino las novelas de la vida de muchos otros escritores, muchos de ellos hoy olvidados y silenciados. De ahí, a mi parecer, su grandeza. De ahí también que, al lado de Cansinos-Asséns, sea uno de los cronistas oficiales y oficiosos de la bohemia literaria madrileña de principios del siglo XX.

Ya en *Años de miseria y risa*, Zamacois se da cuenta que la vida de uno no es nada sino en relación con los demás, y empieza a conceder la importancia al otro. Y así no es extraño, que una de sus novelas más exitosa lleve por título, precisamente, *El otro*.

Relatando la vida esos *otros*, se pregunta en uno de sus capítulos titulado “En casa Garnier”, “¿Quién se acuerda ya de aquel hombre bueno, embustero y amable, que se llamó Rafael Balsa de la Vega?”. Comienza así la descripción de aquella inolvidable editorial parisina, que fue asilo de los primeros bohemios españoles, que eligieron París como el centro de su literatura y de sus vidas. Y comienza los retratos de aquellos hoy olvidados personajes y personajillos que trajeron a España la modernidad poética practicada por Baudelaire y sobre todo por Verlaine, héroe de toda una generación de escritores y poetas españoles.

En ese primer desfile interminable y apasionante, aparecen Bonafoux, Gómez Carrillo, Isidoro López Laouya, Alejandro Sawa y un largo etcétera, en aquel París, que, según Bonafoux “era una verdadera sucursal de la Puerta del Sol”

A veces el escritor se limita a contarnos una anécdota del personaje, pero esta es lo suficientemente esclarecedora y tipificadora para fijar el carácter y la personalidad del retratado.

Hay en estas páginas de miseria y risa, un apasionado y apasionante retrato de Pedro Barrantes, terrible poeta bohemio, autor de libros tremendistas como *Delirium tremens*, que terminó, como tanto bohemio pobre, su triste vida en el hospital, y que murió por beber un vaso de agua, él, que la odió durante toda su vida. “¡Pobre poeta! –exclama Zamacois-. Los que te conocieron deben echar sobre los graves errores de tu historia bohemia todo su perdón; pero al cabo, a nadie hiciste daño, sino fue a ti mismo”.

Perteneció Barrantes a la generación de Manuel Paso (otro desgraciado bohemio, también recordado en estas páginas), de Rafael Delorme, y de Alejandro Sawa, “aquel asombroso príncipe de la conversación y del gesto, para quien la vida fue siempre un escenario”, tratados por Zamacois con una compasión y una comprensión propiamente cervantinas.

Por Barrantes llegamos a Alfonso Tovar, y vuelve a preguntarse. “¿Hay alguien que se acuerde Alfonso Tovar, el poeta de los cantares?..”. Es probable que no, se contesta y “sin embargo, Tovar fue un artista de extraordinaria emotividad y un hombre encantador, hermoso, simpático, maestro en el arte de tocar la guitarra y de peinar galanterías...”.

Tovar, como toda aquella generación de bohemios murió en la miseria; se había quedado ciego; por el hospital, sin embargo, andaba desembarazadamente, sin tropezar, casi con alegría. Barrantes y Tovar fueron amigos y compañeros de desgracias. Zamacois termina su triste crónica así: “Y yo os amaba, poetas; os amaba por egoísmo tal vez, porque al partir parece que os lleváis pedazos de mi juventud entre vuestras manos cerradas...”.

En sus recuerdos Zamacois no olvidó a Gregorio Pueyo, el editor de bohemios y modernistas, figura clave en el mundo editorial de aquellos primeros años del siglo pasado. Acosado por la bohemia literaria, “a la vez que le desesperaba a Pueyo le producía un regocijo íntimo y selecto. Había leído a Murger y el papel de Mecenas

le halagaba. Su satisfacción provenía, en parte, de su orgullo. Gregorio Puedo era vanidoso y pensaba en la posteridad; entre aquellos autores jóvenes habría algunos de verdadero talento que, más adelante, citándole en sus escritos, le hiciese inmortal”. Y así ha sido gracias, al propio Zamacois y muchos otros, entre ellos Valle-Inclán en *Luces de bohemia*, que nos ha narrado la trastienda de aquella librería oscura, donde al atardecer se reunían la tribu bohemia, unos a pasar el rato y algún otro a afanar algún libro, con que apaciguar el hambre de la noche.

Pero donde este desfile de espectros de bohemios cobra toda su intensidad es en uno de sus libros menos conocido, *Tipos de café*, dedicado a las viejas siluetas de fracasados, hermanos del escritor en la orden de la Pobreza. Estas páginas son además un canto nostálgico a los viejos y entrañables cafés madrileños, hoy desaparecidos, pero vivitos y coleando en los jóvenes y no menos jóvenes años de Eduardo Zamacois.

Ya su primer capítulo lleva el sugestivo título de “El alma del café”. “En el ambiente despegador, retraído y egoísta de las grandes ciudades, donde nadie quiere conocer a su vecino, los cafés dibujan una zona neutral o campo amador, en el que maquinalmente, con sólo mirarse de mesa en mesa, las personas van acercándose. Su misma despreocupación las aproxima. Al principio se observarán indiferentes; más adelante, habituadas a verse, acaso al llegar o al marcharse del local, cambien un saludo. Meses o años después, la casualidad los reunirá en un viaje, en un balneario, en cualquier sitio, y este encuentro insospechado les causará una simpatía súbita, un repentino y jubiloso deseo de hablarse”.

El café, en todos los tiempos, ha sido el verdadero hogar del escritor sin hogar. Allí encuentra calor, cobijo, compañía, incluso intimidad; ofrece al desocupado albergue amable y para los que de verdad quieren trabajar es un verdadero estudio; y así, desde el “el reducido, puerco y opaco café del Príncipe” –que dijo Larra- hasta hogaño, tanto en Madrid como en provincias, la historia de los cafés va ligada a la de muchas obras célebres.

En el desaparecido café del Imparcial –nos cuenta Zamacois- escribió Marcos Zapata *La capilla de Lanuza* y los viejos espejos del olvidado café de la Luna copiaron la imagen de don Manuel Fernández y González, inclinada una tarde y otra sobre las cuartillas de *El cocinero de Su Majestad*. Del clásico café de Platerías, que iba desde la calle Mayor a la de los Milaneses, salieron camino del éxito, *Los caballe-*

ros, de Antonio Quintero y Pascual Guillén; *Las Corsarias*, de Jiménez y Paradas, y *Los cadetes de la reina*, de Julián Moyron. Y allí redactó Mariano de Cavia, la víspera de “un día de Inocentes”, su memorable crónica “El incendio del Museo del Prado”. En los cafés escribieron Villaespesa y Emilio Carrere sus poesías más inspiradas, y Vidal y Planas su *Santa Isabel de Ceres*, y sobre el mármol de las mesas de Fornos, la mano genial de Julio Antonio dibujó, burla burlando, cabezas que hubieran merecido pasar a la posteridad.

También en y de los cafés escribieron Ramón Gómez de la Serna y César González Ruano, entre cientos y cientos.

Los cafés, para nuestro autor, aunque hechos para sentarse y descansar, tienen mucho de cauce y de ruta. “las generaciones –escribe- que pasaron por ellos no dejaron rastro, su alma es de olvido, y las piedras de sus mesas son como mármoles tumbales –losas sin epitafio- puestas sobre las juventudes... ¡cuántas!..., que se sentaron a su alrededor. Esos cafés que añoramos son para los viejos como una fosa común de ilusiones; sus días mozos duermen allí y cada mesa tiene para ellos la tristeza de un nicho”.

“Los cafés –termina- abreviatura del mundo, olvidan pronto. Un café es un camino...”.

En los últimos años del siglo XIX, todos los cafés – exceptuando Fornos, el Suizo, el Inglés y algún otro- tenían música, y así fueron famosos los conciertos del Antiguo Levante y del Imparcial, donde actuaban dos grandes artistas, hoy olvidados: el violinista Fortuna, retratado por Rosales y el pianista Power. El de San Marcial, immortalizado por Chueca, en *El año pasado por agua*. La música formaba parte del mundo cafeteril, y sus conciertos contaban con piano y violín sobre todo. Empezaban a partir de las nueve de la noche. Las piezas del programa se repetían noche tras noche: habaneras, jotas, valeses y trozos de las zarzuelas más famosas.

De estos cafés de “piano y violín”, el más frecuentado por la bohemia literaria de principios del XX, fue el del Vapor, en la plaza del Progreso. Actuaba allí un violinista recordado por varios cronistas de la época, Leandro Ribera, hombre gordo y bondadoso, del que abusaban todos los desalmados de turno..

Pero en el café cabemos todos. Para los que defienden su vida regularmente, es lugar de esparcimiento y descanso, zona neutral donde pueden ventilarse toda clase de asuntos, salón de lectura, y para los “sin casa” es el techo protector y el pan.

Vidal y Planas uno de los más apasionantes bohemios, de los que Zamacois nos dejó insustituibles noticias, nos dijo que era hijo espiritual del café madrileño. “Nací –escribió- literariamente en sus rojos divanes. Yo he vivido en el Colonial. Allí me plantaba al anochecer y me iba al salir el sol. Yo entonces no podía estrenar un mal traje, y soñaba con estrenar mi primera obra de teatro. No tenían domicilio. En el café comía, escribía, discutía y dormía. Marcelino, el buen camarero asturiano que aún está activo en dicho café, me fiaba y hasta me prestaba de cuando en cuando algún dinero”.

Porque la historia de Vidal y Planas, como la de tantos otros hampones, fue un verdadero *vía crucis*. Cuando no tenían que comer y su patrona – a veces tan desvalida como ellos- les echaba a la calle, acudían al café, guiados por la esperanza de encontrar un amigo que les sacara del apuro. El café, entonces, era para ellos el zoco de la Casualidad

Zamacois sintió siempre nostalgia de sus amigos muertos, y sintió admiración y creo que hasta cariño por los desarrapados y hambrientos hampones. Nos dejó así inolvidables páginas sobre figuras desconocidas, quizá sin gran talento literario, pero llenas de interés dramático y humano, y defendió la bohemia como compromiso con el arte y la sociedad frente a la creencia general. “La bohemia –nos cuenta- no se halla vinculada inexorablemente a la pobreza. Hay muchos ricos de instintos bohemios y muchos pelagatos con alma de burgués. La bohemia, consiguientemente, supone una disposición de espíritu sustantiva y aparte. El bohemio artista “nace” y sus rasgos temperamentales mejor acusados son: la improvisación y un culto desbordado a la belleza”. (...) Adoran la independencia. Son orgullosos, ególatras, díscolos. Lo rebañego los molesta, y porque gustan del fausto, la miseria los oprime, protestan de ella derrochando en un día el dinero que acaso les permitiese vivir un mes. Los artistas no hacen números. Se creen ricos. La previsión, la voluntad del ahorro, “el miedo al mañana”, son fantasmas extraños a su naturaleza. Luego tropiezan con la realidad triste, y ella les dice que necesitan comer y dormir bajo techado, y para conseguirlo sin apartarse de la ruta que siguen, recurren a estratagemas, casi siempre donosas, y con su gran ingenio alivian los sufrimientos de su penuria. Nada

les abate; su convicción de triunfar algún día nutre su optimismo, y con el descabro que haría llorar a cualquier “hombre serio”, ellos –los comparsas de la eterna estudiantina de la Esperanza- fabrican una pajarita de papel”.

Una definición magnífica de la bohemia. En este campo su afirmación, sus anécdotas, su generosidad acerca de tantos olvidados, le hacen materia indispensable para poder organizar una mínima historia de ese movimiento literario que ahora empezamos a historiar, a conocer y admirar, y que tiene el en creador de *El Cuento Semanal*, uno de sus primeros defensores.

Félix Limendoux -escribe-, el niño prodigio que a los dieciocho años y recién llegado a Madrid estrenó *Niña Pancha*, inspiró a Félix Méndez, su compinche, esta cuarteta:

*Tres Félix hay en el mundo
Que a Dios le dicen de “toux”:
Fray Félix Lope de Vega,
El Méndez y el Limendoux.*

Personajes desconocidos, cuya paso por la vida podemos reconstruir en parte gracias al interés que los muertos y los desarrapados despertaron siempre en ese gran escritor y sobre todo memorialista que fue Eduardo Zamacois.

Pero hay mucho más. Los que nunca han leído a Zamacois siguen cayendo en la tonta vulgaridad de llamar a cualquiera “el último bohemio”. Veamos. “Siempre que desaparece un tipo del corte intelectual de Félix Méndez, los cronistas aseguran que ha bajado a la tierra “el último bohemio”. Esto dijeron también a propósito de Rafael Delorme, de Alfonso Tovar, de Pedro Barrantes, de Antonio Palomero, de Manuel Paso, de Jiménez Prieto, de Enrique López Marín, de Julio Antonio...

Error. “El último bohemio” no ha nacido aún. La bohemia no es una moda, ni una librea; es “un estado de conciencia”, un imperativo. La bohemia –no confundamos la bohemia con la abulia- significa indisciplina, exceso de idealismo, exaltación lírica, heterodoxia, alegría, seguridad en las propias fuerzas. Es bohemio quien ambiciona mucho y procura vivir como si tuviese mucho, aun faltándole todo. Senil, harapiento, oscurecido, desconceptuado, en el bohemio artista jamás titubeará el culto a lo bello, y por este divino amor Chateaubriand –ya octogenario- se prendó

de una adolescente y la llevó a admirar una tempestad desde una cueva abierta en los acantilados bretones.

Los bohemios de raza no envejecen. Los años no les hieren, o les vulneran menos gravemente que al resto de los hombres. Sueñan los muy afortunados –no todos los mortales gozan de este don–, y sobre sus soñaciones resbala el tiempo. Cuando Paul Verlaine, a los cincuenta y dos años, finó en el hospital, todavía era un niño...

“He aquí el supremo milagro de la bohemia. Llevar consigo –y como embalsamada– la juventud”.

Quizá las más hermosas palabras dedicadas a la bohemia por ningún otro escritor.

Quizá también uno de sus más logrados epitafios.

Porque la actitud bohemia muestra una clara vocación de inadaptación social, a la vez que una protesta individual contra el capitalismo y la sociedad burguesa. Celoso de su independencia, el bohemio no se dejará comprar y llevará su insurgencia y su intransigencia hasta límites insospechados. Provocador por anturaleza, el bohemio llama filisteos a los adocenados burgueses, que han mercantilizado la vida y las conductas, e intenta asustar sus bien asentadas creencias, así como epatarlos, adoptando un aire anárquico en todas sus manifestaciones, tanto artísticas como vitales.

A los escritores de la generación del 98 y anteriores se les puede clasificar según supieron acercarse y comprender la bohemia literaria y artística y aquellos que la rechazaron de plano. En este grupo debemos incluir a Baroja, cuya ceguera y obcecación no le dejaron ver cuanto de grandeza había en esos derrotados. No supo ver lo qué representaba Alejandro Sawa y nos dejó páginas despectivas para casi todos ellos, los llamó holgazanes, y otras lindezas por el estilo. Añadamos el nombre de Clarín que les llamó melencidos; a Unamuno, y a Ortega, al que Ramón Gómez de la Serna dijo en ocasión memorable: - Don José, no hay que tener miedo ni a la bohemia ni a la noche. Ramiro de Maeztu, que escribió un resonante artículo titulado, “¡Adiós bohemia!”.

En el otro grupo, en el de aquellos más generosos, comprensivos y a nuestro ver con ojos de hoy, inteligentes, contamos con Valle-Inclán, que nunca dijo adiós a la bohemia, y que en el irrepetible esperpento *Luces de bohemia*, dejó escrito el más literario epitafio que cabía esperar sobre uno de sus componentes, Alejandro Sawa.

Eduardo Zamacois y su literatura memorialística. (Una impagable aportación a la no escrita...)

Podemos contar con Manuel Machado, bohemio practicante un tiempo y que dedicó al citado Sawa un epitafio lírico insuperable:

*Jamás hombre más nacido
para el placer, fue al dolor
más derecho.*

*Jamás ninguna ha caído
con fama de vencedor
más deshecho.*

A su lado, Ramón Gómez de la Serna, Cansinos Asséns, y muchos otros, y entre ellos, Eduardo Zamacois, el creador de *El Cuento Semanal*, novelista, y autor de memorias inolvidables, y fuente hoy indiscutible para historiar aquel movimiento literario, social y político, al que despectivamente y sin conocerlo se le ha intentado borrar de nuestra historia literaria.